

5615

*No. 742.
Li-Web. 59.*

GALERIA LÍRICO-DRAMÁTICA

DE LA

ZARZUELA.



LA DAMA BLANCA.

ZARZUELA EN TRES ACTOS.



MADRID.

IMPRENTA DE C. GONZALEZ, S. ANTON, 26.

1858.

2074

L47 - 5199



LA DAMA BLANCA.

LA DAMA BLANCA.

89-62

LA DAMA BLANCA,

ZARZUELA EN TRES ACTOS Y EN VERSO

ARREGLADA A LA ESCENA ESPAÑOLA

por

LOS SRES. D. GERÓNIMO MORAN Y BARON DE ANDILLA.

MUSICA DE D. MARTIN SANCHEZ ALLÚ.



La propiedad de esta obra pertenece a SUS AUTORES y nadie sin su consentimiento podrá reimprimirla ni representarla en los teatros de España y sus posesiones. Los correspondientes de la Gaceta de la Zarzuela son los encargados exclusivos de su venta y copia de derechos de representación en los referidos puntos.

MADRID.

IMPRENTA DE C. GONZALEZ, SAN ANTON, 26.

1858.

PERSONAS.

ACTORES.

LAURA. SRAS. SANTAMARÍA.
KETTY. ZAMACOIS.
MARTA. SORIANO.
ARTURO. SRES. AZULA.
ROBERTO. ROYO.
TOM. CALTAÑAZOR.
EL NOTARIO. MUÑOZ.
GABRIEL. ARDERIUS.
UN ALDEANO. N. N.
PAISANOS ESCOCESOS DE AMBOS SEXOS.—UGIERES.

La accion pasa en Escocia, año de 1759.

La propiedad de esta obra pertenece á SUS AUTORES y nadie sin su consentimiento podrá reimprimirla ni representarla en los teatros de España y sus posesiones. Los corresponsales de *La Galería de la Zarzuela* son los encargados exclusivos de su venta y cobro de derechos de representacion en los referidos puntos.

ACTO PRIMERO.

Vista de un paisaje imponente. A la derecha, en primer término, fachada de una alquería correspondiente á un labrador acomodado. A la izquierda, una mole pintoresca de peñascos y vegetales con senda practicable.— En el fondo un lago, mas allá del cual se vé en lontananza el castillo de Avenel.

ESCENA PRIMERA.

CORO DE ALDEANAS.

MUSICA.

Ya la tarde se avecina;
de la caza volverán:
desde aquella alta colina
nuestros ojos los verán.
(Acercándose á la casa y llamando.)
Ketty! Ketty!

ESCENA II.

Dichas.—Ketty, saliendo.

KETTY.

Compañeras...

CORO.

Por qué tardas? á qué esperas?...
si no vamos, qué dirán?

KETTY. Vamos pues.

CORO. Nuestros maridos
fatigados y rendidos
de la caza volverán.

KETTY. Ya la tarde se avecina:
pronto en esa alta colina
nuestros ojos los verán.
(Todas dirigiéndose á la subida de la montaña.)

Ya la tarde se avecina:
de la caza volverán:
pronto ya en esa colina
nuestros ojos los verán.
*(Al llegar al pié de la eminencia, cuando ya
han empezado á subir algunas, se oyen bocinas
ó cuernos de caza y gritería algo lejana.)*

KETTY. Deteneos, deteneos...
Las bocinas suenan ya:
cerca están; oh, qué alegría!
Cuánta caza nos traerán!

ESCENA III.

Dichas.—GABRIEL.—CORO DE CAZADORES que aparecen en lo alto de la montaña. Los criados que conducen los despojos de la caza: lebreles atrahillados atraviesan la escena y entran en la granja. Uno de los cazadores que se queda en la escena trae una cabeza de venado.

CAZAD. Como torna de la guerra
el soldado vencedor,
así vuelve á su alquería
orgulloso el cazador.

ALDEAN. Al soldado en su regreso
se parece el cazador,
en que alegre le recibe
el objeto de su amor.
(Los dos se reúnen, unos se abrazan, otros se saludan y otros se hablan.)

DECLAMACION.

GABRIEL. Gran batida!
VARIAS. Cuenta!
KETTY. (*Impaciente mirando á todos lados.*)
Cuenta!

GABRIEL. Traemos caza sobrada;
no ha de quedar descontenta
ninguna, siendo casada.

OTRAS. Y nosotras?

GABRIEL. Con pesar
voy á contar lo ocurrido:
no hemos podido cazar
ni tan siquiera un marido.

KETTY. Y el mio?

GABRIEL. Su salvacion
debe á un oficial de porte:
si no es por él... pobre Tom!
hoy refrenda el pasaporte.

KETTY. Cómo?

GABRIEL. Que luchaba observo
con un venado...

KETTY. Es posible!

GABRIEL. Y á poco está en riesgo horrible
por competir con un ciervo.

KETTY. Se salvó?

GABRIEL. Si... vedle allí.

KETTY. Corro á abrazarle.

GABRIEL. Aquí viene.

KETTY. Al pobre no le conviene
el apartarse de mí.

ESCENA IV.

CANTO.

Dichos.—ARTURO.—TOM.

KETTY. (*Abrazando á Tom.*)
Mi caro esposo!
TOM. Ketty adorada!

- Ay, qué jornada
tan infeliz!
- KETTY. Vienes herido?
TOM. No estoy muy cierto.
Mas casi muerto
poco há me vi.
- KETTY. Cómo fué el lance?
TOM. Lance pesado:
contra un venado
me abalancé.
Yo le acosaba,
mas de repente
vuelve y enfrente
me encuentro de él.
- CORO. Si; le acosaba,
mas de repente
vuelve y enfrente
se encuentra de él.
- TOM. Me embiste fiero,
me arroja en tierra,
suerte mas perra
nunca se vió!
Con las pezuñas
y con los cuernos...
Dioses eternos,
qué revolcon!
- CORO. Con las pezuñas
y con los cuernos...
Dioses eternos,
qué revolcon!
- KETTY. Y despues...
TOM. Ay, Ketty mia!
KETTY. Qué sucedió?
TOM. Eso es lo que no podria
decirte yo!
Mas aqui tienes presente
al que sabrá
referirtelo al corriente
de pé á pá.
- ARTURO. Por el monte cruzaba al acaso,
cuando súbito cerca de mí
oigo gritos, redoblo mi paso,
y en el lance presente me vi.

Vuestro esposo ya en tierra tendido,
el venado sobre él revolvió;
yo tomé mi arriesgado partido
y mi tino feliz le salvó.

Viendo la lucha
ya en tan mal punto,
al ciervo apunto
sin vacilar.

Pum!... y disparo
con tanto acierto,
que al punto muerto
le ví rodar.

Coro. Pum!... y dispara
con tanto acierto,
que al punto muerto
le ví rodar.

Tom. Pum! Y si entónces
no doy un quite,
con buen confite
me iba á obsequiar.

Arturo. Y mientras moja
su sangre roja
la arena ardiente,
yo allí en caliente,
y en un instante
con mi montante
de su cuerpo la cabeza
le separo con destreza,
y cual prenda singular
por memoria y por trofeo,
con buenísimo deseo
os la vengo á presentar.

Coro. El regalo es de aceptar;
yo lo creo, yo lo creo;
como bella, por trofeo,
se la viene á presentar.

Tom. Ya comienzo yo á temblar:
al mirarla me mareo;
qué astas tiene! De ellas creo
que ni aquí podré escapar.

DECLAMACION.

- KETTY. Con qué pagaros podré
un favor tan señalado?
- TOM. Poco á poco, mujer mia,
tú no corres con mis pagos.
- ARTURO. Con haber visto esos ojos
estoy muy bien compensado.
- TOM. Si no es mas...
- KETTY. Mi gratitud...
- TOM. Nuestra gratitud... es claro.
- ARTURO. Basta, á quien cumple un deber,
por premio el buen resultado.
Eso no vale la pena;
quisiera verte luchando
con algun oso.
- TOM. Mil gracias,
agradezco el agasajo.
Mejor es que me veais
luchando con los tasajos,
porque traigo un hambre!... vaya!
y á propósito del caso:
la venganza es muy sabrosa:
vereis. Oye tú, muchacho;
el de la cabeza, pronto!
á cocerla en vino blanco.
Venganza! Nos comeremos
con placer á mi adversario.
- KETTY. Tienes razon.
- ARTURO. Que si tiene?
habla como un catedrático.
- KETTY. Pues á disponerlo todo
para la merienda.
- ARTURO. Bravo!
- TOM. Y espero...
- ARTURO. Contad conmigo.
- TOM. Hay apetito?
- ARTURO. Sobrado:
le falta lastre á mi buque.
Pues entónces á cargarlo.
- TOM.
- KETTY. *(Al coro.)*
A preparar la merienda;

entrad conmigo, muchachos.

MÚSICA.

Coro saliendo de la escena con KETTY.

Como vuelve de la guerra
el soldado vencedor,
asi vuelve à su alqueria
orgulloso el cazador.

ALDEANOS. Al soldado en su regreso
se parece el cazador,
en que alegre le recibe
el objeto de su amor.

DECLAMACION.

ESCENA V.

ARTURO.—TOM.

ARTURO. Tienes una mujer linda!

TOM. Vamos, que yo no soy rana;
me parece que este talle,
y este garbo y esta facha!...
Pero hablemos de otra cosa,
si os parece.

ARTURO. Vaya en gracia.

TOM. Yo he tenido mucho gusto
en ofreceros mi casa
y mi persona; me llamo

Tom Drin: arrendé esta granja,

y con la gracia de Dios

espero pronto poblarla.

Ahora ¿podré vuestro nombre

preguntar, si no os enfada?

ARTURO. Mi nombre? Arturo.

TOM.

Asi á secas?

ARTURO. Arturo Brown, y en confianza
poco más puedo deciros.

TOM. Sois huérfano?

ARTURO. Por desgracia.

Pero aun cuando de mi origen

no sé con certeza nada,

tengo confusos recuerdos

de las cosas de mi infancia,

de lacayos con libreas

lujosamente bordadas,

de un castillo, de una niña,

y una venerable anciana,

que á entrambos nos adormía

con deliciosas baladas,

cuya música aun mil veces

confusamente me asalta.

TOM. Vamos, pues, todo eso indica

que sois de noble prosápia.

¿Y qué más?

ARTURO. Aun niño, un día

á un bergantín me trasladan,

y allí serví de grumete

á un hombre que se llamaba

mi pariente... ¡fuego en él!

aun duran en mis espaldas

las señales del cariño

paternal con que me honraba.

Mas yo al fin exasperado,

en un momento en que zarpan,

por la mochila y fusil

trueco grimpolas y jarcias,

escapando sin tener

un schelin para la marcha.

TOM. Pobre jóven!

ARTURO. No era cosa

de que me tuvieran lástima.

TOM. Cómo que no? Y si perdiéseis

un ojo, un brazo, una pata?

ARTURO. Destinado á un regimiento,

en la primera jornada

llego asaltando un reducto

el primero á la muralla.

TOM. Pues yo hubiera entrado el último.

(Este hombre es un tragabalas!)

ARTURO. Entusiasmado mi jefe,

- que como á un hijo me amaba,
premió mi arrojó en el acto
sobre el campo de batalla.
Mas... ay!... á los pocos días
víctima de una emboscada...
(*Enternecido.*)
No estrañéis que á su memoria
consagre estas tristes lágrimas.
- TOM. Qué! no señor; yo en mi vida
me estraño nunca de nada.
- ARTURO. Murió.
- TOM. *Requiescat in pace.*
- ARTURO. Pero murió por su patria:
cuán bello es morir así!...
- TOM. Bello? Ni así, ni en la cama.
- ARTURO. Yo cai envuelto con él
herido por la metralla,
y al volver en mí...
Seguid.
- TOM. Me encontré en una cabaña,
junto á un ángel cariñoso
que mi sangre restañaba.
- TOM. Jóven?
- ARTURO. Jóven y tan bella
como el sol.
- TOM. Alguna hermana
de caridad.
- ARTURO. En silencio
un día y otro curaba
mis heridas.
- TOM. Y por fin?
- ARTURO. Llegó una fatal mañana
en que faltó para siempre.
- TOM. Vaya, pronto os dió de baja!
- ARTURO. Después de haberme jurado
un eterno amor la ingrata!
- TOM. La memoria en las mujeres
fué siempre potencia flaca.
- ARTURO. Apénas restablecido,
abandoné la cabaña,
donde entré herido del cuerpo
y salí herido del alma!..
La he buscado; pero en vano...

- TOM.** (*Aparte.*)
(¿Si será la Dama Blanca?)
Pero en cambio habreis hallado
otras doscientas muchachas
con quien tomar el desquite.
- ARTURO.** Solo he encontrado en mi marcha
despues de algun tiempo, en Londres,
al marino.
- TOM.** ¿A ese pirata?
- ARTURO.** ¡Cuál se quedó al ver mi grado!
Yo habia sentido un ansia
de devolverle...
- TOM.** El solfeo
con que honró vuestras espaldas?
- ARTURO.** Justamente, mas su vista
tan solo me movió á lástima.
Estaba viejo, achacoso,
y respetando sus canas
parti con él mi bolsillo.
- TOM.** ¡Fué una soberbia venganza!
- ARTURO.** Es ya un buque que zozobra
á la primera jornada.
- TOM.** Buena accion.
- ARTURO.** Al despedirse,
me dirigió estas palabras
con acento enternecido:
»adios, mi deuda es sagrada,
y el premio del bien obrar
tarde ó temprano se alcanza.»

ESCENA VI.

Dichos.—**KETTY.**—**CORO DE AMBOS SEXOS.**

- KETTY.** Aquí está ya la merienda.
- TOM.** A comer.
- ARTURO.** Santa palabra.

MUSICA.

CORO. Aquí en el campo el gozo
será mucho mayor,
y haremos mas destrozo
de carne y de licor.
*(Durante esta pieza musical los criados colocan las mesas
cerca de la casa.)*

TOM. ¡Qué gusto, qué alborozo...
venid, venid, señor!
(A Ketty.) —

Vas á comer un trozo
de carne, superior.
KETTY. ¡Qué guapo, qué buen mozo!
venid, venid, señor:

aquí se aviva el gozo
con vuestro buen humor.
(Repiten ambos juntos con el coro.)

TOM. ¡A comer, á comer!
á alegrarse, á reir, á beber.

ARTURO. Y á brindar con calor
por aquello que sepa mejor.

KETTY. Y á la gloria marcial,
en obsequio del bravo oficial.

ARTURO. Y á apurar cien botellas
por tu esposa y por todas las bellas.

KETTY. ¡Me cuenta entre ellas!

ARTURO. Y á brindar con ardor
por la dicha que infunde el amor.

TODOS. Venid pues, señor.

(Vânse colocando en la mesa.)

DECLAMACION.

TOM. Aquí el señor oficial.

KETTY. Tienes razon: á mi lado.

ARTURO. Esto, Ketty, es para mi
(Sentandose con galanteria.)

el principal agasajo.
Decid: por estos contornos

¿qué hay de notable ó de raro
que merezca la atencion
de un viajero?

(*Tom engulle distraído.*)

KETTY.

¿Lo oyes, ganso?

TOM.

Cuando egercito los dientes,
economizo vocablos.

(*A Arturo.*)

El castillo de Avenel

suele ser muy visitado

por los pintores.—A ver,

ponme, Blas, otro tasajo.—

¡Es un soberbio edificio!

(*Se me atraganta el bocado.*)

ARTURO.

¿Y está lejos?

TOM.

Desde aquí

se divisa el campanario,

y aunque en el nuevo recinto

entrar á nadie ahora es dado,

la parte antigua, y ruinoso,

y sus grandes subterráneos

son dignos de verse.

ARTURO.

Haremos

una excursion juntos.

TOM.

¡Diablo!

Oh, venís á muy mal tiempo:

ARTURO.

¿A muy mal tiempo?

TOM.

Muy malo:

solo hay en el una anciana,

y... ya veis...

ARTURO.

¿Eso es obstáculo?

KETTY.

Pero ayer llegó Roberto,

administrador del amo,

que viene para la venta

de todos, estos estados.

ARTURO.

¡Cómo! ¿Se venden?

KETTY.

Se venden

porque así lo quiere el diablo!

pero hasta allá, ya veremos.

ARTURO.

¿Quién es el dueño?

TOM.

El anciano

Conde de Avenel.

KETTY.

Querido

- de todos, con entusiasmo;
hombre en fin muy generoso.
- TOM. Y adicto á los Estuardos:
Proscrito el pobre... (Engullendo.) que duro
está el maldito venado!..
refugióse á Francia, enfermo
con su familia.
- KETTY. Ya hace años;
y segun dicen ha muerto.
- ARTURO. ¡Ah! morir en suelo extraño...!
- TOM. Su administrador Roberto
y un embrollon de notario
han supuesto deudas tales,
que ha sido al fin necesario
para pagarlas, vender
este opulento condado.
- KETTY. Y en tanto el señor Roberto
se ha hecho un hombre millonario.
- ARTURO. Es natural.
- KETTY. Va á comprar
el titulo, los palacios...
- TOM. Ya veis vos...
- KETTY. Conde un canalla
de administrador! ¡Qué escándalo!
- TOM. (Levantándose.)
No, no lo consentiremos.
- ARTURO. Vuestra decision aplaudo.
- KETTY. ¿Y sobre todo, quién sabe?
Segun Gabriel me ha contado,
vió anoche entre las ruinas
solitaria paseando
á la Dama Blanca.
- TOM. (Sobresaltado.)
Estás
segura?
- KETTY. La vió bien claro.
- ARTURO. Si yo lograra ese gusto
tambien!
- TOM. ¿Y tendríais ánimo?
- ARTURO. ¿No es una linda muchacha?
- KETTY. Hace ya trescientos años
que protege á nuestros condes.

- ARTURO. ¡Monumento venerando!
- KETTY. Cuando amaga á la familia un suceso extraordinario, aparece en las almenas toda vestida de blanco: lleva en sus brazos un arpa que despide ecos tan plácidos!
- TOM. Y ella á su compás, entona así, una especie de salmo!
- KETTY. Una balada.
- ARTURO. ¿Balada?
- TOM. Justamente, que cantamos aquí, cuando somos muchos, porque si no... ¡da un espanto! Ketty la sabe al dedillo.
- KETTY. Como todos.
- ARTURO. Sin embargo, si vos quisiérais cantarla.
- KETTY. ¡Lo hago tan mal!.
- ARTURO. No haya empacho, ya veis que somos bastantes.
- KETTY. Por complaceros la canto.
- TOM. (Con miedo al oído de Ketty.) Y despacha por mi vida, que la noche va avanzando.

MUSICA.

- KETTY. Invisible castellana, siempre en guardia, siempre en vela, soy eterna centinela del castillo de Avenel. Yo defiendo al inocente de la pérfida asechanza, y disipo la esperanza del avaro y del infiel. ¡Ay, guárdate, porque á la Dama Blanca no hay nada que resista: sin ser de nadie vista, todo lo vé! Yo protejo á las doncellas

inocentes y virtuosas,
y ángel soy de las esposas
mientras cumplen su deber.
(Mirando á Tom que habla con una al oído.)

Falso esposo, que meditas
quebrantar la fé jurada,
en tu senda descarriada
yo te vengo á detener.

¡Ay, guárdate,
porque á la Dama Blanca
no hay nada que resista:
sin ser de nadie vista,
todo lo vé!

Coro. ¡Ay, guárdate,
porque la Dama Blanca
todo lo vé!

DECLAMACION.

ARTURO. ¡Bravo!.. mil gracias, hermosa:
me ha encantado vuestro cuento.

TODOS. (Sorprendidos.)

¡Un cuento!

ARTURO. (Riéndose.)

¡La dama blanca!

ja, ja, ja! ¡qué bueno es eso!

KETTY. ¡No os burleis, por Dios!

ESCENA VII.

Dichos.—GABRIEL, que llega sin ser visto, y colocándose
al lado de Tom, le tira del vestido.

TOM. (Asustado.)

¡Jesús!

¡aquí teneis los efectos!

¡amparadme, que me lleva!

KETTY. ¡Si es Gabriel!

TOM.

Habrá mastuerzo!

GABRIEL. Los principales colonos
del contorno están ahí dentro.

KETTY. No pierdas tiempo: vé pronto.

TOM. Ya; vendrán para el arreglo de la compra del castillo.

Unimos nuestros esfuerzos, es decir nuestros caudales, con el legítimo objeto de jugar una pasada al sátrapa de Roberto.

KETTY. Conservando á la familia de Avenel sus ricos feudos.

TOM. Y diciendo al descendiente que traiga mañana el cielo: aquí teneis vuestras tierras que os salvó el cariño nuestro: tomadlas.

ARTURO. Alabo, amigos, tan noble desprendimiento: los que así se hacen amar por fuerza han de ser muy buenos!

TOM. Id vosotros á la junta: yo iré al instante.

KETTY. *(Acompañándoles hasta la puerta.)*
Hasta luego.

ESCENA VIII.

KETTY.—ARTURO.—TOM.

KETTY. Por qué no vas?

TOM. Yo?... No voy... porque me quedo. Un instante quiero hablarle.

KETTY. De la venta del castillo?

TOM. Y consultarle sobre un asunto... no es cosa para hablarla con cobardes, y esos campesinos son unos gallinas...

ARTURO. Me place!

TOM. Ante todo, vos creéis que la Dama Blanca?..

- KETTY. Dale!
- ARTURO. Yo... dudo y creo.
- TOM. Dudais?
- ARTURO. Malo!
- ARTURO. Mas es agradable pensar que una hermosa dama, un duende con faldas, ande á nuestro lado y nos libre de riesgos en todas partes. Por encontrarme con ella daría una oreja!
- TOM. Diantre!
- TOM. pues sabes que yo he tenido esa dicha...
- ARTURO. Vos?
- KETTY. Tú?
- TOM. Yo.
- KETTY. Angel de la guarda!
- TOM. Hay mas: la he hablado.
- KETTY. Ay, qué miedo! Y cuándo...
- TOM. Ya hace bastante tiempo.
- KETTY. Por eso no dió fruto nuestro enlace.
- TOM. Sosiégate: trataremos de contrarrestar sus planes!
- TOM. Lo peor es que la hice una oferta y no me cabe el miedo en el cuerpo...
- KETTY. Y nada
- TOM. me dijiste nunca!
- TOM. A nadie lo hubiera contado; pero... guardé el secreto bastante para mi génio y el miedo que siento...
- KETTY. Miedo tú?..
- TOM. Y grande.
- KETTY. Me obliga á contarlo todo.
- TOM. ¡Qué le pasará á un cobarde!
- ARTURO. Contad.
- KETTY. Pronto.

- TOM. Cuento.
- KETTY. Cuenta.
- TOM. A la muerte de mi padre
- KETTY. Trece años há...
- TOM. ¡Pues! llovieron
sobre mí todos los males...
Gran cosecha de langostas!...
La peste, el granizo, el hambre
me quitaron el trabajo
de segar... mis animales
dejaron mi establo... En cambio,
por las deudas que contraje,
favorecieron mi casa
los notarios y curiales.
- ARTURO. ¿Y os pusieron en el caso
de renovar el mueblaje?
- TOM. Iban á venderme ya
los enseres principales
de labranza, y ni un amigo
queria garantizarme.
- ARTURO. Todos le quitan el corcho
al alcornoque que cae!...
- TOM. Y yo soy ese alcornoque.
Recorrí toda la tarde
por el campo como un buho,
y al anochecer...
- KETTY. La hallaste?
- TOM. Entré loco en esas ruinas
subterráneas.
- ARTURO. Adelante.
- TOM. El viento silbaba... yo,
me postro sobre los mármoles,
y esclamo: «ven en mi amparo,
Dama Blanca: diablo ú angel...
Cien libras hoy necesito,
y por ellas vengo á darte
mi alma.
- KETTY. } Tu alma!
- ARTURO. }
- TOM. Si me amparas,
seré tuyo en todas partes.
- KETTY. Suyo! de cuántas mujeres
has de ser?

- TOM. Quieres callarte?
De repente oigo en mi torno:
acepto tu vasallage,
recuerda bien tu promesa...
Y á poco...
- KETTY. Qué?
TOM. A mis piés cae
un bolsillo...
- ARTURO. Es posible!
KETTY. Y te atreviste á tomarle?
TOM. Con las dos manos á un tiempo,
temiendo que se escapase.
- ARTURO. Hallásteis moneda falsa?..
TOM. Doblas de buenos quilates
con bustos de tres monarcas...
- ARTURO. Que á no ser que yo me engañe,
debieron ser Satanás,
Lucifer, y el botarate
de Astarot.
- TOM. Esos ú otros.
ARTURO. ¡Hasta en los infiernos hacen
moneda!
- TOM. Con tal socorro
pude salir adelante;
solventé todas mis deudas,
prosperaron mis caudales.
- ARTURO. ¿Y desde entónces os cerca
la abundancia?
- TOM. Vi ese talle,
tú viste el mio, te quise,
me quisiste, y nuestro enlace...
- ARTURO. Llenó de envidia á los mozos.
TOM. Y á las mozas de estos valles.
- KETTY. Oh! si yo hubiera sabido
tan diabólico percance...
¡Qué miedo voy á tener
esta noche!... Dios me salve!
- KETTY. Y cuando pienso que manda
en cuanto tienes.
- TOM. No cabe
duda!
- KETTY. ¿Yo tambien soy suya?
¡Que haya el diablo de llevarme

sin comerlo ni beberlo!
No hay cristiano que lo aguante.
ARTURO. Eso no debe afligiros,
puesto que dejan llevarse
muchas voluntariamente.
KETTY. Voluntariamente, pase;
¡pero por fuerza!... y el día
que venga y que nos agarre...

ESCENA IX.

Dichos.—GABRIEL, que entra sin ser visto, y tira á Tom del vestido.

TOM. ¡Ya me agarró!...

GABRIEL. Los amigos...

TOM. Demonio! Este badulaque
siempre que tiene uno miedo...
viene á ponerse delante.

GABRIEL. Eso consiste en que siempre
le teneis cuando llega alguien.

TOM. Qué ocurre?

GABRIEL. Que vengais pronto,
porque vá siendo ya tarde.

TOM. Voy corriendo.

KETTY. ¿Y si la Dama
viniese en tanto á llevarme?

TOM. Llevarte á tí... para qué?
A mi podrá ser mas fácil.

(A Arturo, al marcharse.)

No la abandoneis, por Dios!

ARTURO. No temais.

TOM. Vuelvo al instante.

MUSICA.

ESCENA XI.

KETTY.—ARTURO.

- ARTURO. Dando vá diente con diente.
KETTY. Pues no es eso lo peor.
ARTURO. Qué mas hay?
KETTY. Que eternamente
él está del mismo humor.
No sé la causa,
pero tiempo ha
que á todo tiene
miedo cervical.
Así que suena
la tempestad,
ya mi marido
temblando está.
ARTURO. Por qué será?
KETTY. Si me echa flores
algun galan,
ya veis que es cosa
tan natural,
ó si me brindan
para bailar,
ya el pobrecito
temblando está.
ARTURO. Por qué será?
KETTY. Bien quisiera de ese miedo
poder dar la esplicacion.
ARTURO. Pobre Ketty, yo si puedo
atinar con la razon.
KETTY. Decidmela pues.
ARTURO. Bien, ponme atencion.
Cuando el hombre está enlazado,
con una mujer
de talle delgado,
de buen parecer,
no hay para él sueño profundo,
lo puedes creer,
y todo en el mundo

- le induce à temer.
A tantos enojos...
tú das la ocasion:
está en esos ojos
el miedo de Tom.
- KETTY. Mas con todo, yo bien creo,
valeroso militar,
que si vos nos dais amparo,
no debemos de temblar.
- ARTURO. *(Tomándole una mano.)*
Mientras yo esté à vuestro lado
el temor abandonad:
que al mirar tus lindos ojos
el valor me sobrarà.
- KETTY. Pero, ¡ay vuestra mano,
(presagio fatal!)
cual la de mi esposo
la siento temblar.
- ARTURO. Ay, niña, eso à todos
nos suele pasar.
Al verme en torno
de una beldad,
asi tan cerca
cual tú ahora estás,
sin que lo pueda
yo remediar,
comienzo al punto
todo à temblar.
- KETTY. ¿Por qué será?
- ARTURO. Sus ojos viendo
centellear,
yo no sé, amiga,
lo que me dà;
pero es lo cierto,
que sin pensar,
empiezo al punto
todo à temblar.
- KETTY. *(Soltando la mano de improviso.)*
Buena defensa
me iba yo à echar!
- ARTURO. Aunque veis que temblorosa
esta fuerte mano está,
al mirar tus lindos ojos

KETTY. el valor me sobraré.
Esta debe ser sin duda
contagiosa enfermedad
cuando tiembla de este modo
tan bizarro militar.

ESCENA XI.

Dichos.— TOM.

TOM. *(Entrando asustado.)*
Vade retro Satanás!...

KETTY. ¿Qué tienes? Habla.

TOM. Ya hablo:
Ay Dios, si vendrá detrás...

KETTY. De quién huyes?

TOM. Del diablo.

KETTY. ¡Dios mio!...

TOM. Dame la mano,
no te separes de mí...
¡Me lo voy á ver aqui!

ARTURO. }
KETTY. } A quién?
TOM. }
A un mónstruo, á un enano.
Volvia yo... Ketty mia,
aun no hace cinco minutos....

KETTY. Estás temblando.

TOM. Volvia
de acompañar á esos brutos,
cuando corriendo, aunque en vano,
agujado por el miedo,
se me presenta un enano,
y empiezo á rezar el credo.
Ay Dios!

KETTY. Con gesto cruel,
sin decirme oste ni moste,
me dá al punto este papel,
y me deja como un poste.

KETTY. Dios mio! Será Luzbel?

ARTURO. Y qué hiciste, amigo, luego?

TOM. Tomar las de Villadiego

- con mas piernas que un lebrel!
- ARTURO. Dadme el billete.
- KETTY. Algun mal encierra.
- TOM. Calla, mujer!
- ARTURO. Ardo en deseo de ver cómo es la tinta infernal.
- (Leyendo.)
- «Ven á cumplir, mortal, tu juramento.
» Cuando apagado de la luna el brillo
» reine la oscuridad,
» á nombre de Avenel en el castillo
» pide hospitalidad.»
- Firmado.—La Dama Blanca.
- KETTY. No irás.
- TOM. Lo juré.
- KETTY. No irás.
- TOM. Tendré que seguir mi estrella.
- KETTY. Dejarme sola por ella!
- TOM. No sé quién lo siente mas.
Es fuerza: si no, mujer,
nos condenarán en costas,
y dejará de llover,
y nos lloverán langostas,
y seguiremos, de fijo,
siendo estériles.
- KETTY. Mejor!
- No quiero deber ni un hijo
de los diablos al favor.
- TOM. Adios!
- KETTY. No, no!
- TOM. Necesito
que me lleven.
- ARTURO. (La aventura
me divierte.) Despacito:
yo iré por él.
- TOM. Oh, ventura
sin igual!
- KETTY. Vos?
- ARTURO. Quiero ver,
aunque el hondo averno ruja,
á ese ángel.
- TOM. Es duende.

KETTY. O bruja.
ARTURO. A ver si es sombra ó mujer.

ESCENA XII.

Dichos.—Coro, saliendo de la granja.

CORO. Adios, graciosa Ketty,
adios amigo Tom...
Adios, el caballero
que bravo te salvó.

TOM. Adios, mis camaradas!

KETTY. Adios!

ARTURO. Adios! —

CORO. (*Acércanse algunos á Tom.*)

Adios!

A ver cómo mañana
te portas con honor
dejando de este valle,
bien puesto el pabellon.

TOM. (*Con acento compungido.*)

Mañana, ay Dios, mañana
en dónde estaré yo?

CORO. Adios, graciosa Ketty,
adios, amigo Tom;
adios el caballero.

KETTY. Adios.

ARTURO. Adios.

CORO. (*Yéndose por la izquierda.*)

Adios.

DECLAMACION.

ARTURO. Ya es de noche.

KETTY. Y vais vos?

TOM. Pues.

ARTURO. Tom, sirveme de guia.

TOM. Ay, señor! Yo os seguiria

si me ayudaran los piés.

Ved si con una palanca,

pues me pesan diez quintales.

ARTURO. Cómo! ni aun para eso vales!
TOM. Santo Dios! La Dama Blanca!
(En este momento se perciben algunos compases de la cancion de la escena sesta. Laura aparece en el lago sobre un esquife pulsando un arpa. Viste completamente de blanco, llevando la cabeza cubierta con un velo. Un pagecillo negro sirve al remo. El coro en lo alto de la montaña á la parte opuesta, queda silencioso como quien contempla una aparicion sobrenatural. Tom, en primer término, temblando. Ketty abrazada á él, y Arturo pugnando por llevárselo.)

MUSICA.

ESCENA XIII.

Dichos.—LAURA.

LAURA. (De pié, pulsando el arpa y cruzando el lago en direccion al castillo.)
Voga, voga, pagecillo,
y acudamos sin tardanza
á matar una esperanza
que jamás debió nacer.
Siervo audaz, en vano intentas
suplantar al que es tu dueño,
porque va contra tu empeño
la hechicera de Avenel!

Ay, guárdate,
porque á la Dama Blanca
no hay nada que resista;
sin ser de nadie vista,
todo lo vé!

CORO. (Desde lo alto.)
Ay, guárdate,
porque la Dama Blanca
todo lo vé!

ARTURO. (*Procurando llevarse á Tom.*)
Ven, guíame.

TOM. (*Dominado por el espanto, á Ketty.*)
Socórreme!

KETTY. No os dejaré!...

CORO. Ay, guárdate!

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ESCENA PRIMERA

MARTA. Válgame Dios... que ruido!
 Será ilusión... ¿me arranca
 de un ensueño delicioso
 que daba consuelo á mi alma?
 Julio, por mi acariciado,
 veis sobre mis labios
 y yo leñe le აღորմ
 al compás de mis palabras.
 ¡Oh cuando vean mis ojos
 resplandecer mi esperanza!
 (Suenan tres golpes mas en la puerta del fondo.)
 ¡Jesús mil veces!
 (Dentro.)
 ¡Ay!
 No es ilusión.
 ¡Ay! Marta.

ACTO SEGUNDO.

Salon gótico: á la izquierda, en primer término, una ancha chimenea: mas allá, una ventana: á la derecha, un retrato de familia; y en segundo término, una puerta.

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ESCENA PRIMERA.

MARTA *aparece dormida sobre un gran sillón delante de la chimenea: durante algunos momentos se oye el ritornello de la canción de la Dama Blanca. Al concluir la música, suenan tres golpes en la puerta del fondo. MARTA despierta y se levanta sobresaltada.*

MARTA. Válgame Dios... qué ruido!
Será ilusion?... y me arranca
de un ensueño delicioso
que daba consuelo á mi alma!
Julio, por mí acariciado,
reía sobre mis haldas,
y yo feliz le adormía
al compas de mis baladas.
¡Oh cuándo verán mis ojos
realizada mi esperanza!

(Suenan tres golpes mas vivos en la puerta del fondo.)
¡Jesus mil veces!

LAURA. *(Dentro.)* Abrid.

MARTA. No es ilusion?

LAURA. Abrid, Marta.

ESCENA II.

LAURA, *cubierta con un capotillo escoces. Viste trage azul. Trae una linterna en la mano, que deja sobre la chimenea.*

MARTA. Entrad, entrad; mas ¿qué es esto?
por qué temblais, hija mia?
de donde venis?..

LAURA. Acabo
de atravesar las ruinas
del Castillo...

MARTA. Y no os ha dado
miedo la noche sombría?..

LAURA. Roberto me dejó sola,
y me dirigí en seguida
á ese edificio soberbio
que hay junto al lago...

MARTA. La misma
noche que el Conde partió
quedó sellado, hija mia;
pero al fin será franqueado
mañana por la Justicia...
Qué contratiempo!

LAURA. Después

MARTA. de la venta. Señorita,
¿á qué debo la ventura
de abrazaros? ¡Cuántos días
que no os veo!

LAURA. Desde entónces
qué cúmulo de desdichas!

MARTA. Desaparece mi Julio...

LAURA. Proscrito el Conde, huye á climas
extrangeros... la Condesa
enferma se ve sumida
en una prision de estado,
y muere de su honor víctima.

Sola me quedé en el mundo,
y en calidad de pupila
segui á Roberto cercada
de amarga melancolia!

MARTA. Va con vos á todas partes...?

- LAURA.** Ay! una vez en mi vida
que se ausentó á la frontera,
quedé sola en una quinta,
mas ;cara costó á mi pecho
su ausencia!
- MARTA.** Y nada sabia!
- LAURA.** No sé si deba ocultarte
el secreto que se abriga
en mi corazon.
- MARTA.** A mí?
- LAURA.** Pues bien: la guerra encendida
en el mismo territorio
en que se encuentra la quinta,
un dia en que se saciaron
los aceros homicidas,
trageron un moribundo
á una cabaña vecina.
Era un militar herido:
enternecíme á su vista,
y atajé al punto la sangre
que brotaban sus heridas.
La caridad me llevó
allí un dia y otro dia...
- MARTA.** Pero despues... el amor...
- LAURA.** El amor!.. eso imaginas?
- MARTA.** Tal vez... seguid...
- LAURA.** Una tarde
de pronto Roberto arriba.
Qué tarde, Marta, y qué noche!
Anuncióme la partida,
y sin volver á la choza,
marchamos al nuevo dia.
Pobre!... ¿Si me habrá olvidado?
- MARTA.** ¿Quién en los soldados fia!
Pero tengo que reñiros.
Nunca creí olvidariáis
á mi pobre Julio.
- LAURA.** Marta,
quien amó tanto, no olvida.
- MARTA.** ¡Cuántas veces he soñado
en vuestro enlace!
- LAURA.** Deliras!
una huérfana, una pobre!...

Al que amé en mejores dias
como hermano, debo amarle
como á señor, y ser digna
de su amistad defendiendo
su fortuna...

MARTA. Teneis, hija,
esperanzas?...

LAURA. ¡Esta noche...

MARTA. Siento una estraña alegría!...

LAURA. Vendrá un hombre demandando
hospedage.

MARTA. ¿Con qué mira?

LAURA. Ya lo sabrás: por el pronto
preciso es que se le admita.

MARTA. Mas ¿qué señal?

LAURA. Invocando

llegará con voz sumisa

á San Julian de Avenel.

MARTA. Abriremos en seguida.

LAURA. Y procurad que se quede

en esta habitacion misma.

MARTA. Está bien: perded cuidado.

Por vos, Laura, qué no haria?

LAURA. Se oyen pasos.

Es Roberto.

MARTA. Mi tutor.

Adios.

LAURA. Vigila.

ESCENA III.

LAURA.—ROBERTO.

ROBERT. ¡Qué impaciencia!... aun no amanece
y Marta...

LAURA. Marta me deja
hace un instante.

ROBERT. De viento

te llenará la cabeza;

te habrá hablado de ese duende

que es su historia predilecta:

le hace surgir de las ruinas,

:

y dar oro á manos llenas
á un colono que le vende
su alma : ¿es así la novela?
Que el vulgo crea esas cosas,
pase ; pero tú !

LAURA. ¿Y si fuera

eso que vos llamais cuento
una historia verdadera?

ROBERT. ¿Te habrá tambien trastornado,

Laura, á tí?

LAURA. Yo tengo pruebas

de que es cierta esa aventura.

ROBERT. ¡Ilusiones!

LAURA. La condesa

me ha referido cien veces

cómo sucedió.

ROBERT. Pues cuenta.

LAURA. Hallándose entre las ruinas

el conde, la noche horrenda

de su fuga, oyó en su torno

unas voces lastimeras.

Era el buen Tom, que creyendo

de la Dama en la existencia,

su espíritu le vendia

si redimía sus deudas.

ROBERT. Y el conde, compadecido

al ver su desdicha extrema...

LAURA. Y con la doble intencion

de que no le descubrieran,

arrojóle su bolsillo

anunciándole que era

de la misma Dama Blanca,

que aceptaba su promesa.

ROBERT. Pues tales cosas del conde

sabes, dime con franqueza ;

¿no sabrás por qué conducto

depositó en Inglaterra

sumas de valor?...

LAURA. (¡Dios mio!)
Todo lo ignoro.

ROBERT. ¿Me niegas

que en sus últimos instantes

te confió la condesa

- un papel...
- LAURA. Con un mandato
que encomendó á mi cautela.
- ROBERT. ¿Y dónde se halla ese escrito?
- LAURA. ¿Tanto á vos os interesa?
- ROBERT. Es mi deber.
- LAURA. Como el mio
guardar la mayor reserva.
- ROBERT. ¿Dónde le ocultas?
- LAURA. Cumpliendo
lo que ordenó la condesa,
le abrí apenas espiró...
- ROBERT. ¿Y despues?
- LAURA. Le hice pavesas.
(*Suena la campana: Roberto va á mirar por la
ventana.*)

MUSICA.

- LAURA. La campana!... él es, sin duda,
que á la cita acude ya:
mis designios, cielo santo,
favorece por piedad.
(*Vuelven á llamar.*)
- ROBERT. Otra vez?... Vaya una prisa!
á estas horas... quién será?
- LAURA. Algun pobre caminante.
- ROBERT. Pues que siga el viaje en paz.
- LAURA. Si un abrigo nos demanda,
si nos pide lumbre y pan,
el negárselo sería
inaudita crueldad.
- ROBERT. Nada, nada; no se admiten
vagamundos por acá.
- LAURA. Gracia os demando... si es vuestro objeto
tomar el título
de Conde aquí,
no es ese el modo, no es el secreto
de hacer prosélitos
en el pais.
- ROBERT. Niña, me pasmó;
tanto entusiasmo

- LAURA. nunca vi en tí.
Si á los antiguos nobles señores
todos los súbditos
aman aquí,
es porque fueron los protectores
genios benéficos
de este país.
- ROBERT. (¡Cuál se entusiasma!
mucho me pasma
verla hoy así.)
- LAURA. (Aunque me riña,
no he de cejar.)
- ROBERT. Yo bien sé, niña,
cómo he de obrar.

DECLAMACION.

ESCENA IV.

Dichos. — MARTA.

- MARTA. Un viajero demanda un albergue.
- ROBERT. Yo no debo á su ruego acceder.
- MARTA. Ved que invoca, señor, en su apoyo
al patron tutelar de Avenel.
- LAURA. (La señal que di á Tom: es el mismo.)
Al oír «San Julian» no dudé...
y en la pieza inmediata...
- ROBERT. Qué dices?
Atrevida anduviste; ¡pardiez!
y en castigo de tanta osadía
voy yo mismo á arrojarle.
- LAURA. (Ataja sus pasos con resolucion.)
Tened.
En todo este contorno
no habrá quien no se asombre
si desairais el nombre
de su santo patron,
y hareis que en la comarca
de mil modos distintos
maldigan los instintos

- de vuestro corazon.
- ROBERT. Para ello mi licencia les doy desde ahora yo.
- LAURA. Pues bien, ya que no basta mi pobre intercesion, por esa gracia ofrezco haceros sabedor de aquel escrito...
- ROBERT. ¡Cielos!
- LAURA. Que la condesa...
- ROBERT. ¡Oh!...
- LAURA. A mi prudencia solo muriendo confió.
- ROBERT. ¿Lo juras?
- LAURA. Sí, mañana, de la subasta en pos.
- ROBERT. (*Dirigiéndose á Marta.*) Pasar puede el viajero (*A Laura.*) con esa condicion.
- LAURA. (*Al fin cedió. ¡Dios mio!*)
- MARTA. (*Respiro. Al fin venció.*) (*Vase llevándose la bandeja.*)
- ROBERT. Mas ¿dónde ha de hospedarse?
- LAURA. En esta habitacion.
- ROBERT. Tú puedes retirarte ya, Laura.
- LAURA. Al punto voy. (*Váse.*)

ESCENA V.

ROBERTO, dejando unos papeles sobre la mesa y arreglando la escribania.—MARTA, se retira luego y acecha.

- MARTA. Entrad, entrad, caballero, y bien podeis perdonarme.
- ARTURO. Me he entretenido mirando tan bellas antigüedades. (*Saludando.*) Vos sois sin duda à quien debo fondear aqui?...

- ROBERT. El hospedage
por esta noche.
- ARTURO. Mil gracias.
- ROBERT. (¿Será este algun intrigante
que venga á ver el castillo
con ánimo de comprarle?..
¡No tiene trazas de ser
un capitalista grande!)
Sois estrangero?
- ARTURO. Y alférez
del Rey Jorge. (Estos lugares
los veo por vez primera,
y sin saber por qué, me hacen
un efecto tal.)
- ROBERT. Mas ¿cómo
venis aquí á semejante
hora?
- ARTURO. Porque... yo navego
á merced del viento!
- ROBERT. Es lance!
- ARTURO. Un capricho!... otro diría
la noche, los huracanes,
la marea...
- ROBERT. (Un comprador
es sin duda.)
- ARTURO. A qué ocultarse?
Vengo en busca de la Dama
Blanca.
- ROBERT. Ya respiro!
- ARTURO. Tales
prodigios cuentan, que anhele
contemplarla á mis ensanches.
- ROBERT. (Riéndose.)
La Dama Blanca jamás
se ha dejado ver de nadie.
- ARTURO. Vos estais equivocado:
me ha citado aquí, y ya es tarde.
- ROBERT. Os ha citado?... Este jóven
padece achaques mentales!
Amigo, ya son las tres;
mañana ha de madrugarse
por la venta del castillo,
y aun ántes que el dia aclare...

ARTURO. Os vais?

ROBERT. A mandar que os traigan
cama.

ARTURO. El sillón es bastante:
mejor que en el campamento
siempre estaré... yo acostarme!
¿y si esa dama que espero
tragese aquí una falange
de duendes y de vampiros?
En pié y alerta!

ROBERT. Que os guarde
Dios... y si veis á la Dama,
saludadla de mi parte.

ARTURO. Buenas noches.

ROBERT. Quereis luz?

ARTURO. No!.. No sea que se espante,
que los duendes tienen miedo
de las luces.

ROBERT. (Que descanse.)

ARTURO. Mañana os daré noticias
del otro mundo.

ROBERT. No cabe

duda, este pobre mozo
está loco de remate.

(Se oyen cerrar las puertas con cerrojos.)

ESCENA VI.

Completa oscuridad interrumpida por la luz de algunos relámpagos que entran por la ventana. Se oyen truenos lejanos. Momentos de silencio. ARTURO atiza el fuego de la chimenea, que apenas arde, y coloca las pistolas sobre la chimenea.

CANTO.

A tus órdenes sumiso,
Dama Blanca, estoy aquí:
lo ofreciste, y es preciso
que aparezcas ante mi.
En las tinieblas

de aqueste asilo,
firme y tranquilo
te aguardo yo:
ven sin demora,
ven refulgente
como mi mente
te imaginó.

A tus órdenes sumiso,
Dama Blanca, estoy aqui:
lo ofreciste, y es preciso
que aparezcas ante mí.

(Oyése una música melodiosa de arpa.)

ESCENA VII.

ARTURO y LAURA saliendo por una puertecilla disimulada
que gira sobre un eje en el lienzo de la derecha. Viene
vestida de blanco y cubierta su cabeza con un velo.

ARTURO. Será ilusion de mi mente
esa fantástica forma
que cual vapor blanquecino
yo diviso entre las sombras?

LAURA. Eres, tú, Tom, eres tú?

ARTURO. Vengo en su lugar, señora.

LAURA. Cielos! Qué misterio es este!

ARTURO. Ved si el cambio os acomoda.

LAURA. ¿Quién eres que asi profanas?...

ARTURO. Mas ¿cómo una maga ignora
mi nombre?

LAURA. Qué voz! Dios mio!

ARTURO. Vuestros hechizos no logran
conocerme?

LAURA. Arturo Brown!

ARTURO. No hay duda: es maga: me nombra.

LAURA. *(Aparte.)*

(Arturo aquí!.. Es esto un sueño!)

(A él.)

La Dama Blanca perdona
tu atrevimiento.

ARTURO. *(Bien va:
capitula.)*

- LAURA. Sé tus glorias:
te hirió un cañon enemigo;
te llevaron á una choza...
- ARTURO. Estoy pasmado!
- LAURA. Al abrir
los ojos, viste á una hermosa:
era joven., en tu rostro
se pintó el amor... las horas
pasaba junto á tu lecho.
- ARTURO. Cómo sabeis esa historia?
- LAURA. No ves que soy hechicera.
- ARTURO. Debeis ser encantadora.
(Yendo á abrazarla.)
- LAURA. Detente: si das un paso
desaparezco.
- ARTURO. (Me asombra.)
Pues sabeis cuanto amo yo....
- LAURA. Habla.
- ARTURO. Dirigid mi proa
á donde mi amada vive.
(Este duende me trastorna.)
- LAURA. Quieres verla?
- ARTURO. Sí.
- LAURA. ¿Me juras
obediencia?
- ARTURO. A toda costa.
- LAURA. Mañana sabrás mis órdenes.
- ARTURO. Os vendo mi alma!..
- LAURA. Esa joya
pertenece á la mujer
que fué á curarte á la choza;
mas la acepto, que á las dos
la puedes dar.
- ARTURO. (No es celosa!)
- LAURA. Escúchame atentamente.
- ARTURO. Atento os oigo, señora.

MUSICA.

- LAURA. El mayordomo impio
que te acaba de hablar, mañana intenta
alzarse con los titulos y renta

de todo este importante señorío:
ausentes hoy sus dueños verdaderos
los condes de Avenel, tanta malicia
yo intento contrastar.

ARTURO. Sábia justicia.

LAURA. Si un huérfano proscrito te interesa,
querrás mañana en la subasta, Arturo
servir la causa de los condes?...

ARTURO. Juro
lidiar en su defensa hasta la muerte.

LAURA. Pues prepárate ya.

ARTURO. Di de qué suerte.

LAURA. Mañana por tu amada
mis órdenes sabrás.

ARTURO. Sabré perder mil vidas
sirviéndote leal.

LAURA. Y qué ofreces en prenda
de tu fidelidad?

ARTURO. Exige pues.

LAURA. Tu mano.

ARTURO. Aquí la tienes ya.

Qué suave es la mano
que blanda me tiende!

En mi alma este duende
despierta el amor!

¿Ofusca la magia,

gran Dios, mis sentidos?

¿por qué estos latidos

me dá el corazon?

LAURA. Ingrato á su dama,
de amor, ay, se enciende!

Qué pronto este duende
su pecho rindió!

Huyamos, no sean

mis planes vendidos

por estos latidos

de mi corazon.

*(Laura pasa por detrás de él y desaparece
por la puertecilla secreta, oyéndose despues
el mismo sonido de arpa que á su llegada.)*

ESCENA VIII.

ARTURO y Coro de montañeses y criados del castillo. Al final del duo se ha oído golpear á la puerta del fondo y descorrer los cerrojos.

CORO. (Dentro.)
El alba ya despunta:
la aurora avanza ya.

ARTURO. (Recibiendo al CORO á las puertas, que se abren en este momento.)

Venid á ser testigos
de mi felicidad:

aquí en este recinto

la Dama Blanca está.

(En medio de la escena.)

Miradla, mas ¡qué veo!

despareció..

CORO. ¡Já!... ¡ja!...
volvió la Dama Blanca

demente al oficial.

ARTURO. Si lo juzgais delirio

ó sueño pertinaz,

dejadme enhorabuena,

dejadme, pues, en paz.

CORO. La noche aquí con ella!

Gracioso el cuento está;

no hay duda que se ha vuelto

demente el oficial.

DECLAMACION.

ESCENA IX.

ARTURO. — ROBERTO.

ARTURO. Se alejó como una sombra.

ROBERT. El alba, señor alférez.

ARTURO. ¡Qué noche tan corta!

- ROBERT. Pronto
para el que ronca amanece.
Siento haberos despertado!
- ARTURO. Aunque el sueño me rindiese,
no tuve un momento libre
para dormir.
- ROBERT. Ya se entiende;
es preciso que el pensar
en una dama, desvele.
- ARTURO. Pensar!... La he visto.
- ROBERT. ¿La visteis?
- ARTURO. Qué digo! mi lábio miente;
pero he pasado á su lado
una hora de dulce fiebre!...
Y os tiene una antipatía!...
- ROBERT. A mí?
- ARTURO. De vos habla pestes:
os llama ingrato y avaro,
repite que os aborrece,
y que no será el condado
para vos.
- ROBERT. Soberbiamente!
Eso dijo? El resultado
probará quién á quién vence.
Ya se aproxima el momento,
y va llegando la gente.
(Despidiéndose.)
Me permitireis...
- ARTURO. Yo en tanto,
quieto espero.
- ROBERT. A vuestro duende?
- ARTURO. Al ángel que mi alma adora.
- ROBERT. Lástima me dá el alférez.

ESCENA X.

ARTURO.—TOM.—KETTY.

- KETTY. Ah, caballero, sois vos?
Al fin os vuelvo á encontrar.
- ARTURO. Dios os guarde.
- KETTY. Gran cuidado

- TOM. nos habeis hecho pasar.
Decidnos, ¿en qué paró
aquel misterio infernal?...
- ARTURO. Si supiérais... escuchadme.
- KETTY. Tengo una curiosidad!
- ARTURO. Por de pronto, hice muy bien
en venir aquí á ocupar
su puesto; de otra manera,
solo Dios sabe...
- KETTY. }
TOM. } Acabad.
- ARTURO. Dónde le hubiera llevado...
- KETTY. Quién?
- ARTURO. Su miedo.
- TOM. Miedo? quiá!
¿Pensais, porque ese demonio
de Dama Blanca...

ESCENA XI.

Dichos.—GABRIEL, que llegando sin ser visto, tira del
vestido á Tom.

- TOM. (Aterrado.) ¡San Juan!
¡Valganme todos los santos
de la córte celestial!
- KETTY. (Riéndose.)
Si es Gabriel.
- TOM. ¡Este gahnápiro
no sabe mas que palpar!
¿No tienes lengua, eres mudo?
¿Te han puesto acaso un bozal?
- GABRIEL. No, señor.
- TOM. Pues no tendria
nada de particular.
Qué me quieres?
- GABRIEL. Anunciaros
que ya está aquí el juez de paz.

ESCENA XII.

Dichos.—ROBERTO.—MARTA.—EL NOTARIO.—EL JUEZ DE PAZ.—UGIERES.—CORO DE ALDEANOS DE AMBOS SEXOS.—*Durante el coro de entrada, colocan la mesa para la subasta en el centro. El Juez y el Notario sentados. Cuatro ugi- res permanecen detras en pie. A la derecha de la mesa Roberto: al lado opuesto Tom y el Aldeano 1.º En el mo- mento que LAURA por detras del sillón habla á Arturo, se coloca este en pié, apoyándose en el sillón para que sin ser vista pueda seguir hablándole mientras Roberto ha pasado al lado opuesto, á la izquierda de la mesa.*

MUSICA.

CORO. Las agrestes labores dejando,
hoy podemos, amigos, venir
á saber,
á inquirir,
este castillo y esta grandeza,
estos terrenos y esta riqueza,
quién en la lucha los va á adquirir.

DECLAMACION.

UN ALD.º Ya sabes hasta qué suma
podemos dar.

TOM. Bien lo sé.

NOTARIO. La subasta va á empezar.

TOM. Tiemblo como un cascabel.

NOTARIO. Instruido el espediente
ante mí y el señor juez...

ROBERT. Podeis omitir las fórmulas,
en gracia de...

NOTARIO. Está muy bien.

(Publicando.)
Veinte mil escudos libran
al condado de Avenel.

ROBERT. Veinticinco.

TOM. Yo doy treinta.

ROBERT. Cuarenta.

TOM. Cuarenta y seis.

(Con cada escudo que aumento
se lo lleva Lucifer.)

ROBERT. Sesenta.

TOM. Setenta.

ROBERT. Ochenta.

ALDEANO. Aun mas.

TOM. Ved... noventa.

ROBERT. Cien.

NOTARIO. Cien mil escudos se ofrecen
al condado de Avenel.

ALDEANO. Nos perdimos; se agotó
nuestro caudal!

ROBERT. (A Arturo.)

Ya lo veis.

Los negocios de ese duende

no van marchando muy bien.

(Y no habrá quien le escarmiente?)

ARTURO. Tú.

LAURA. ¿Yo? ¡cuerpo de Luzbel!

ARTURO. La jóven de la cabaña.

LAURA. Silencio... juraste ser
obediente á los mandatos
de la Dama Blanca... ve
y ofrece tú sin temor.

ARTURO. Mi espada es todo mi haber.

LAURA. Confianza en mí.

ARTURO. Pues entónces...

NOTARIO. No hay ya nadie que más dé?

ARTURO. Yo.

ROBERT. Vos?

ARTURO. Mil escudos más.

TOM. Bravo.

ALDEAN. Bravo.

ROBERT. ¡Cielos, él!

MUSICA.

Qué misterio extraño es este?

¡Por qué causa su intencion

al entrar en el castillo

- el incógnito ocultó!
- ARTURO. No comprendo este misterio,
pero esclavo del amor
obedezco á la que manda
en mi ardiente corazon.
- LAURA. Obedece, calla y obra,
lo ofreciste por tu honor,
y podrás por este medio
cautivar mi corazon.
- CORO (¡Gran misterio, cielo santo!
Y ¡Quién será este opositor
MARTA. que de nuevo la esperanza
vuelve á nuestro corazon.
- ROBERT. Valor, pues es preciso,
luchemos hasta el fin;
doy mil escudos más.
- ARTURO. No basta... yo dos mil.
- ROBERT. Tres!
- ARTURO. Cuatro!
- ROBERT. Cinco!
- ARTURO. Veinte!
- TOM. Muy bien!... bravo adalid.
- LAURA. Valor, siempre aumentando.
- TOM. Subiendo siempre!... sí!
- ROBERT. Doy hasta treinta.
- LAURA. Es poco.
- ARTURO. Cuarenta!...
- ROBERT. Este malsin
está... voto al infierno!
burlándose de mí!
¡cincuenta mil!
- ARTURO. Sesenta.
- ROBERT. Setenta.
- ARTURO. Ochenta.
- LAURA. Así.
- ROBERT. Noventa.
- LAURA. Echad el resto.
Sin vacilar... subid.
- TOM. Subid sin miedo siempre.
- ARTURO. Poned trescientos mil.
- ROBERT. Oh rabia!... ya de ira
estoy fuera de mí!
Ofrezco cuatrocientos.

LAURA. (A Arturo.)

Podeis aun competir.

ARTURO. Yo añado...

ROBERT. (Interponiéndose con despecho.)

¡Deteneos!

(Confusion general, los que están sentados se levantan.)

Señores permitid:

CORO. (Con fuerza.)

Se vé al cabo vencido,

y apela á algun ardid:

por nada la subasta

se debe interrumpir.

ROBERT. Pues es aquí un estraño,

debemos inquirir

si sabe este mancebo

las leyes del pais.

LAURA. Estemos sobre aviso,

porque pudiera al fin,

con torpes asechanzas

vencernos en la lid.

ARTURO. Reclamo mi derecho

contra tamaño ardid.

¿Por qué de esa manera

el acto interrumpis?

(Repiten todos juntos *Ketty, Tom y Marta la letra del coro.*)

DECLAMACION.

ROBERT. Señor Juez, sepa este jóven
la cláusula que contiene
las condiciones del pago,
y el tiempo en que debe hacerse.

NOTARIO. Dice asi: (Leyendo.) «Condicion sesta.

El comprador de los bienes

se obliga á pagar *in totum*

la cantidad que ofreciere,

á las doce en punto, el dia

del remate.»

El plazo es breve.

ARTURO.

ROBERT. Proseguid.

NOTARIO. (*Leyendo.*)

«Y no lo haciendo,
será puesto incontinenti
en la cárcel.»

TODOS. En la cárcel!

ARTURO. Pues el negocio me ofrece
gran perspectiva.

LAURA. (*A Arturo.*)

No importa.

ARTURO. (*¿No importa, dice mi duende?*)

Pues de ese modo, adelante,
aunque los diablos me lleven.)

Escribid, señor Notario,
mil escudos mas.

TOM.

Valiente!

NOTARIO. Hay quien dé mas?

ROBERT.

(*Mayor precio*

ofrecer no me conviene.

Ira de Dios!)

(*En este momento se hunde la bujía. El Juez
da un golpe de martillo sobre una campana.*)

NOTARIO.

La bujía

se ha consumido: fenece
con ella el remate.

TOM.

Bravo!

¡Vaya una cara de hereje
que presenta el mayordomo!

LAURA.

¡Oh placer!

MARTA.

¡Dichosa suerte!

KETTY.

NOTARIO. ¿Vuestro nombre y vuestro empleo?

ARTURO.

Arturo Brown, subteniente;

no se dirá que malgasto

mis reducidos haberes,

puesto que con los ahorros

vengo á adquirir estos bienes.

MUSICA.

CORO.

¡Oh qué dicha, qué ventura!

La codicia sucumbió,
y este jóven la alegría

vuelve á nuestro corazon.
ROBERT. { Ahora falta que veamos
NOTARIO { cómo paga este señor.
 { Apostara á que esta noche
 { va á dormir á la prision.
ARTURO. No me importa que me lleven
 á dormir á la prision,
 si allí vuela á consolarme
 la hechicera de mi amor.

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

Salon del castillo, abierto por el fondo, con tres arcos góticos que dejan ver una estensa galería, á la cual se sube por dos escaleras laterales. Al pié de ella cuatro pedestales con estatuas, escepto uno que se encuentra vacío. En primer término á la izquierda, una puertecilla secreta.

ESCENA PRIMERA.

CORO dentro.

Viva por siempre, viva
tan amable señor,
y el parabien reciba
de nuestro amor.

Aparece el CORO en el fondo, y sin penetrar en la escena sube las escaleras laterales, desapareciendo en lo alto de la galería.—LAURA presentándose en la escena.

LAURA. Sí, saludad, aldeanos,
con inocentes cantares
al que juzgáis vuestro dueño.
Bien merece este homenaje
quien con tanta bizarria
favorece nuestros planes.
Mas, en dónde estará Marta?...
Oh! en estos mismos lugares,

cuántas veces ha sonado
el nombre de Julió!... Salve,
sitios de dulces memorias,
hoj amargas soledades.

ESCENA II.

MARTA.—LAURA.

- LAURA. Marta, con cuánta impaciencia
te esperaba!
- MARTA. Al fin he visto
quitar los sellos.
- LAURA. El cielo
favorece mis designios.
- MARTA. Con qué placer vuelvo á ver
estos sitios!
- LAURA. Yo lo mismo.
- MARTA. Qué deliciosos recuerdos!
De cuando los dos aun niños
jugábais en los jardines
con inocente cariño.
- LAURA. Dulces años de mi infancia,
como un sueño os habeis ido.
(A Marta.)
Ay, qué cambios desde entónces!
- MARTA. Al ménos ese hombre indigno
no consigue sus intentos.
- LAURA. Dios lo estorba.
- MARTA. Me habeis dicho
que el oficial no ha comprado
por cuenta suya el castillo.
- LAURA. Lo compra para entregarlo
á sus señores legitimos.
- MARTA. Mas, cómo?
- LAURA. Yo no podia
intervenir : fué preciso
que Arturo nos ayudara.
- MARTA. Mas deberá ser muy rico
para dar tan grande suma,
que habrá de entregar hoy mismo.
- LAURA. Pues no tiene ni un penique

- para pagar.
MARTA. Pierdo el tino!
Entonces la venta es nula.
LAURA. Tal vez no... cuenta conmigo.
MARTA. Con vos! Pues vaya un refuerzo!
LAURA. Y con Dios...
MARTA. Eso es distinto.
LAURA. Los instantes son preciosos.
(Con misterio.)
Escúchame.
MARTA. Hablad, no chisto.
LAURA. ¿En dónde estaba la estatua
de la Dama Blanca...
MARTA. El sitio
es este precisamente
en que estamos...
LAURA. Oh Dios mio!
Solo el pedestal!... la estatua
Marta, ha desaparecido!
No hay esperanza!
MARTA. Es posible,
señorita?
LAURA. Qué conflicto!
MARTA. Pero ¿qué importa la estatua...
LAURA. Todo, todo está perdido!
Aquí existía un tesoro.
MARTA. Un tesoro aquí? me admiro!...
LAURA. Precio de pingües estados
que vendió el noble proscrito.
Este es el secreto, Marta...
que confió al celo mio
en sus últimos instantes
la Condesa.
MARTA. Aquel escrito
que ofrecisteis revelar
á vuestro tutor?
LAURA. El mismo.
(Señalando al corazon.)
Siempre aquí lo llevo oculto.
Escucha.
(Lo saca.)
MARTA. Leed, no chisto.
LAURA. «Si en mas bonancibles dias,

volviese Julio al castillo,
hazle saber que en el hueco
de la Dama Blanca, en titulós,
en una caja de hierro
cubierta con pergamino
encontrará la fortuna
de sus padres...»

MARTA. Qué bandido

habrá robado el tesoro?

LAURA. Recuerdas algo? Dios mio!

MARTA. Me acuerdo...

LAURA. Acaba.

MARTA. La noche

que vinieron al castillo
á prender al señor Conde...

LAURA. Aprisa...

MARTA. Era tarde; un frio
viento soplaba...

LAURA. Prosigue.

MARTA. Por un estrecho pasillo
salia yo, cuando cerca
oigo pasos... me santigüo
de espanto...

LAURA. Sigue por Dios...

MARTA. Detras de un pilar me arrimo.
y vi andar entre las sombras
la estátua.

LAURA. Cielos divinos!

De la Dama Blanca?

MARTA. Sí.

Yo, con los ojos la sigo,
y á poco rato bajó
la escalera... me horripilo
solo al pensarlo!

LAURA. Ilusion!

MARTA. Y el guarda-bosque me dijo
al dia siguiente: «Marta,
la estátua deja el castillo
porque se van sus señores,
y no volverá á estos sitios
hasta que los condes vuelvan.»

LAURA. En vez de ser un prodigio,
será un robo?... Entre las sombras

- algun malvado?...
MARTA. Os lo afirmo:
la Dama Blanca, señora,
andaba sola...
LAURA. Delirio!
Recuerdas tú el corredor?...
MARTA. De qué os sirve?... ya os lo he dicho,
solo volverá la estatua
cuando Julio esté de arriba.
LAURA. En dónde se halla la puerta?
MARTA. Temblando de miedo os guio.
LAURA. Dios que al inocente amparas,
ilumina mi camino
y logre salvar la herencia
de un huérfano desvalido!

—
CANTO.

ESCENA III.

ARTURO, y coro de ALDEANOS y criados, bajando todos de la galeria.

Coro.

Viva por siempre, viva
tan amable señor,
y el parabien reciba
de nuestro amor.

ARTURO. Gracias, amigos caros,
esa franca adhesion
comienza á conquistaros
mi corazon.

(Mirando en torno de sí con muestras de entusiasmo.)

Mas cielos... deliro!

CORO. Qué pasa por él?

ARTURO. Qué es esto, Dios santo,
que mis ojos ven!...
Los ricos salones
que poco ha crucé,

esas galerías,
esa esplendidez,
no lo he visto yo antes
ó es que lo soñé?
CORO. Dice que lo ha visto
antes otra vez:
le dura aun el sueño
del amanecer.

(En este momento un coro de doncellas se acercan á Arturo con carastillos de flores, y le presentan las llaves del Castillo. Los aldeanos despliegan estandartes.)

CORO. Del amor y de la gloria
bello emblema siempre fué
la bandera verde y roja
de los condes de Avenel.

ARTURO. Qué música es esa
que hechiza mi ser?

CORO. De vuestros vasallos
el cántico es.

ARTURO. Vibrantes sonidos,
por Dios, responded,
dónde antes de ahora
dónde os escuché?

CORO. Del amor y de la gloria
bello emblema siempre fué!

ARTURO. Parad por vida mia,
yo lo acabaré.
(Recordando.)

Tra, la... tra, la, la, la,
No es eso, no es eso...
(Concluye la frase interrumpida.)

Ah! ya recordé.
La bandera verde y roja
de los condes de Avenel.

CORO. Dice que lo ha oído
antes otra vez:
le dura aun el sueño
del amanecer.

ARTURO. Vibrantes sonidos,
por Dios, responded,
dónde, antes de ahora...
dónde os escuché?

CORO. Del amor y de la gloria
bello emblema siempre fué
la bandera verde y roja
de los condes de Avenel.
(*El Coro empieza á retirarse á una señal de
Arturo, que los acompaña manifestando en su
accion agradecimiento.*)

DECLAMACION.

ESCENA VIII.

ARTURO solo.

(*Viendo á Roberto.*)
Hola, Roberto!... A remolque
viene... qué ceño tan fosco!
Si supiera el verdadero
estado de mis negocios!

ESCENA IX.

ROBERTO.—ARTURO, adelantándose á recibirle.

ARTURO. Tengo el gusto, amigo mio,
de pagar vuestro hospedaje,
recibiéndoos en mi casa.

ROBERT. Lo agradezco: no os estrañe
mi visita.

ARTURO. Nada de eso.

ROBERT. Servíos, pues, explicarme...

ARTURO. Puedo daros todo... ménos
explicaciones... *In albis*
estoy...

ROBERT. Jamás sospeché
hubiera doblez tan grande
en un soldado!

ARTURO. Alto, amigo.
Yo nunca he engañado á nadie:
mi fortuna es como muchas,

que sin saber cómo, se hacen...

Pero os aseguro que
cuando os pedí aquí hospedaje,
no tenía mas proyectos
que metálico sonante...

Y por cierto mi bolsillo
no está para muchos lances.

ROBERT. Qué oigo? No contais con fondos?

ARTURO. He dado fondo ayer tarde
sin víveres...

ROBERT. Cómo, pues,

pagareis la formidable
suma que habeis ofrecido?

(Oh, qué esperanza renace
en mi pecho!...)

ARTURO. En cuanto al precio,

espero que me lo mande
la Dama Blanca...

ROBERT. (Está visto...

Delira el pobre!...) Escuchadme :

si á las doce no podeis
pagar...

ARTURO. Me espera una cárcel.

ROBERT. En ese caso...

ARTURO. La Dama

debe volar á salvarme,

y hé aquí un medio para verla!

ROBERT. No hay un loco razonable.

ARTURO. Pues quedais con el Notario,

corro á ver si encuentro á mi ángel.

(Sube por la escalera de la izquierda y desapa-
rece por la galería.)

ESCENA X.

EL NOTARIO.—ROBERTO.

NOTARIO. (Con gran misterio cerrando las puertas.)

Vengo á daros un aviso
en que va vuestro sosiego.

ROBERT. Cómo!

NOTARIO. La vida... Es preciso...

ROBERT. Qué?

NOTARIO. Que huyais, y luego.

ESCENA XI.

ROBERTO.—EL NOTARIO.—LAURA, *acechando.*

LAURA. (Hallé el corredor secreto, mas no la caja... qué angustia! Qué veo? Roberto! Oigamos.)

NOTARIO. Daos prisa, ó es segura vuestra ruina... El heredero de Avenel...

ROBERT. Oh suerte cruda!

NOTARIO. Ha penetrado en Escocia.

LAURA. (Oh, cielos!)

ROBERT. El.

NOTARIO. En sus últimas horas declaró su crimen vuestro cómplice...

ROBERT. ¡Impostura!

NOTARIO. El marino á cuyas órdenes navegó Julio.

ROBERT. (Mi astucia me salvó!... su nombre ignora.) Y qué importa?

NOTARIO. Nada oculta. Dice sirve bajo el nombre de Arturo Brown: no hay ninguna esperanza.

LAURA. (Dios del cielo!

ROBERT. Tú me amparas.) No creí nunca que volviera!

ROBERT. Lo que importa es ganar tiempo...

NOTARIO. No hay duda.

ROBERT. Si cuando suenen las doce no ha entregado ya esa suma, á la prision... y al momento venid, Notario, en mi busca.

ESCENA XII.

LAURA. — Arturo — Tom.

Estraña revelacion!
Será verdad cuanto oí?
Arturo es Julio! si, sí...
me lo dice el corazon.
Mas de una infame prision
le amaga el negro desdoro,
y esos hombres por el oro
le matarán si es preciso...
Por qué la suerte no quiso
que yo encontrase el tesoro?

ESCENA XIII.

LAURA. — MARTA.

MARTA. Señorita, qué alegría!
Llego casi sin aliento.
Julio vuelve.

LAURA. Vuelve?

MARTA. Sí.

La estatua está de regreso.

LAURA. La estatua... la estatua... dónde?

MARTA. En el rincon mas secreto

de la capilla la he visto,

y llena de gozo vengo...

mas, cómo!... llorais?

LAURA. La Virgen

oyó mi ferviente ruego.

Corramos.

MARTA. Venid, venid.

LAURA. Santo Dios!... si aun será tiempo!

ESCENA XIV.

KETTY.—TOM.—ARTURO *apareciendo en lo alto de la galería.*

KETTY. (*Sin reparar en Arturo.*)
No le hallo en parte ninguna.

Si le habrá ya cambiado,
como á tantos, su fortuna?

ARTURO. Todo en vano! he visitado
el castillo y no parece:

dulce esperanza! la llama
de mi ardiente amor ya crece!

Si me engañará la Dama?

KETTY. El es.

ARTURO. En esta mañana
va á decidirse mi estrella!

Una mujer! si será ella?...
no, no!... es mi linda aldeana.

KETTY. Su linda! pues no ha variado.

ARTURO. Eres la que mi alma adora
que hechizada?...

TOM. Habrá bribon!

KETTY. Yo soy la mujer de Tom.

ARTURO. Creí que la encantadora...

TOM. La requiebra. Voto á tal!

ARTURO. No estrañes si á dudar llego.

TOM. Estais loco ó estais ciego?

Pues me gusta el oficial!

ARTURO. Te ofendes?

TOM. Por san Patricio

pudiera estar satisfecho

despues de lo que habeis hecho,

y que no es flojo el perjuicio!

ARTURO. No comprendo.

TOM. Me desbanca;

pero bien habeis sabido

sacar un grande partido.

ALDEAN. De quién?

TOM. De la Dama Blanca.

Ya corre de boca en boca

- que hicisteis anoche aquí,
con ella una suerte loca;
la que me tocaba á mí.
Con que ya veis si ayer tarde
no hubiera el puesto cedido...
- KETTY.** Es verdad y á ti, marido,
(*Hablan acaloradamente.*)
quién te mandó ser cobarde?
- ARTURO.** No haya disgustos por eso:
empiezo por concederte
que te debo á tí la suerte.
- TOM.** Por haber sido un camueso.
- ARTURO.** Pero decidido estoy
á cederte mi lugar
si lo quieres ocupar.
- TOM.** Acepto.
- ARTURO.** Mas no por hoy.
Hoy sirvo yo á la hechicera
para alcanzar á mi amada;
mañana no importa nada
sea el condado de cualquiera.
- TOM.** Cátame Conde... me espeto!..
- KETTY.** Yo Condessa... separarse!..
(*Paseándose con aire de importancia.*)
- TOM.** No será el primer paleta
que he visto yo titularse.
(*Dan las doce.*)

DECLAMACION.

ESCENA XV.

Dichos. — **ROBERTO.** — **MARTA.** — **NOTARIO.** — **UGIERES.** —
ALDEANOS.

- NOTARIO.** Las doce ya han sonado,
el plazo se cumplió,
pagad, pagad al punto
ó daos á prision.
(*Los ugières rodean á Arturo.*)
- ARTURO.** Señores, poco á poco.

NOTARIO. El precio ó la prision.

TOM. En buena danza me iba
mujer, á meter yo.

ARTURO. Sabed, por si algo importa,
que tengo un fiador.

ROBER. } Quién es?

NOTAR. }

ARTURO. La Dama Blanca.
(*Oyéñse los sonidos del arpa.*)

MUSICA.

CORO. ¡Oh cielos!

OTROS. Atencion.

ARTURO. Callad, callad, oh, júbilo!

al fin sus ecos mágicos

anuncian al espíritu

que acude en mi favor.

Que no quede un incrédulo

en este solar gótico:

allí se alza benéfica

mi blanca aparicion.

(*Durante este tiempo en que la energía con que se expresa Arturo ha llamado sobre sí la atencion, Laura vestida de blanco, con un cofrecillo debajo del velo, atraviesa lentamente la galería y baja á colocarse de pié sobre el pedestal vacio. Arturo vuelve de repente la vista y tiende la mano hácia aquel punto.*)

CORO. Es ella!

MARTA. }

ROBERT. }

KETTY. }

TOM. }

Es ella!

Es ella!!

(*Laura, inmóvil hasta este momento, levanta una mano en actitud de hablar.*)

ARTURO. Silencio y atencion.

(*Laura desde el pedestal y en tono inspirado.*)

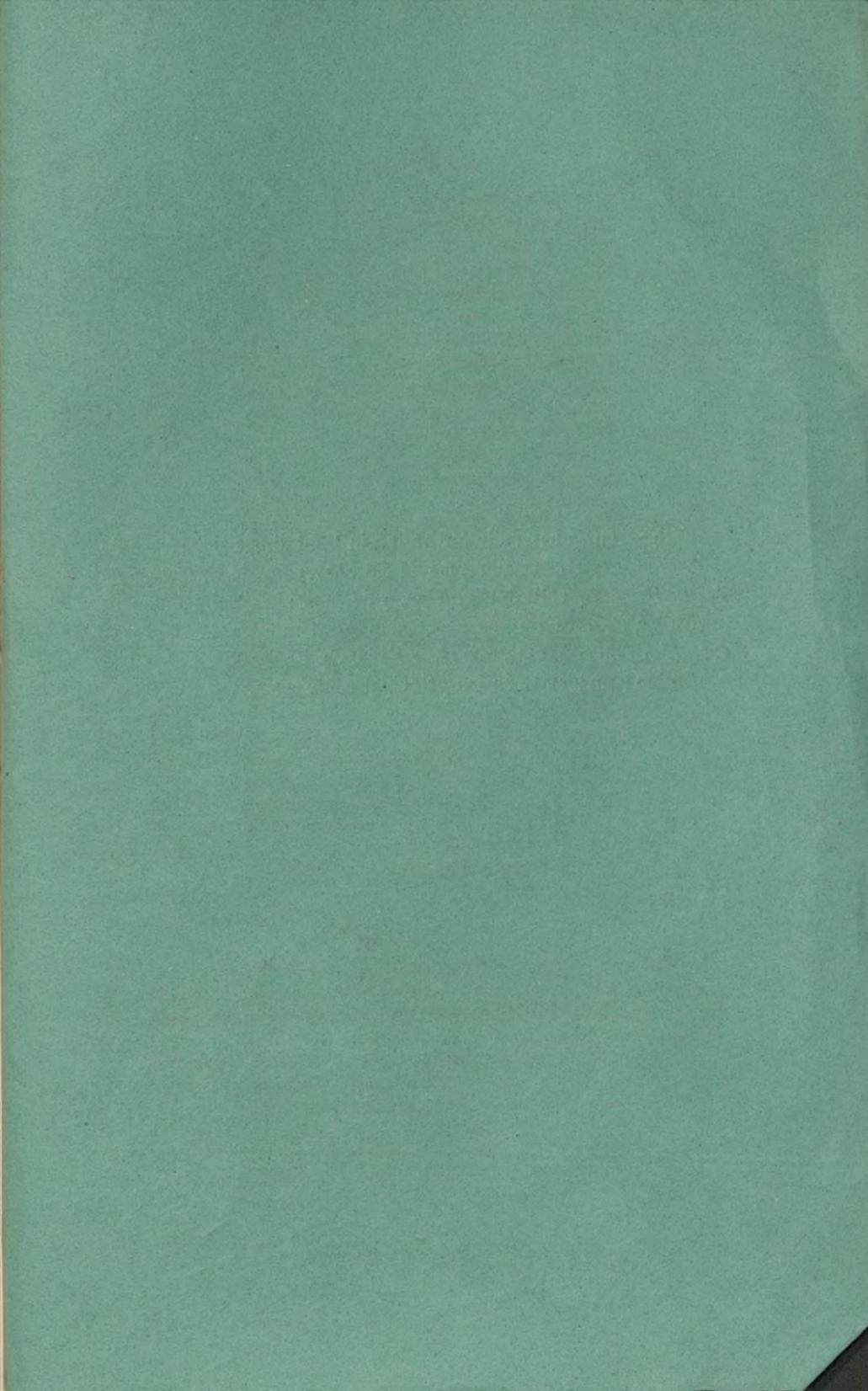
DECLAMACION.

- LAURA. Oye, tribu leal: ya entre vosotros se alberga el heredero del señor de Avenel. Y este guerrero que en otro tiempo niño, mereció en el país tanto cariño éste que es vuestro Conde.
- ARTURO. Dónde se encuentra, dónde?
- LAURA. Eres tú mismo.
- ARTURO. Cielo!
- LAURA. Sí, Julio de Avenel, cese ya el duelo: recobra al fin tu brillo, pues para conservar este castillo donde dichosa se meció tu cuna, tienes aquí legítima fortuna.
- (Desciende lentamente á la escena y entregando el cofrecillo á Arturo, se dispone á marchar. Todas la abren paso con asombro. Arturo, á quien Marta retiene en sus brazos, se dispone á seguir á Laura. Durante este tiempo Roberto, que se ha retirado al fondo, se encuentra frente de Laura y la retiene cogiéndola una mano.)*
- ROBERT. Aunque se abran tenebrosos mil abismos ante mí, no te irás sin que el misterio llegue al cabo á descubrir.
- LAURA. Temerario!
- ROBERT. De este modo.
- (Arrancándola el velo.)*
- CORO. } Laura! cielos!
- ROBERT. }
- LAURA. Laura, sí, que tus pérfidos designios ha logrado destruir.
- TOM. Pues que ya os han conocido, estais vos demas aquí.
- ARTURO. Todo, hermosa á quien adoro lo recobro yo por ti: en mis brazos, en mis brazos, sé mi esposa, y soy feliz.
- LAURA. Del noble Conde salvé el tesoro,

y el bien que adoro
mi amor premió.
Arturo mio,
ya soy felice,
que Dios bendice
tan dulce union.
CORO. De gozo puro
rebose el pecho.
Ya en lazo estrecho
los une amor.
LAURA. Mi fé constante
su lauro alcanza,
ya mi esperanza
cumplida está.
ARTURO. Ven, prenda cara,
ven á mis brazos,
que eternos lazos
nos unen ya.
CORO. Eternos lazos
los unen ya.

FIN.

Habiendo examinado esta zarzuela, no hallo inconveniente en que su representacion sea autorizada. Madrid 29 de setiembre de 1858.—*El censor de Teatros*, ANTONIO FERRER DEL RIO.



Esta zarzuela se vende á 8 rs. en la Contaduría del teatro de la *Zarzuela*, y en las librerías de *Cuesta*, calle de Carretas; de *Baillly-Bailliere*, calle del Principe, y de *Lopez*, calle del Cármen.

En los mismos puntos se venden las tituladas LA EMBAJADORA, LA PERLA NEGRA, CÉFIRO Y FLORA, y UN PRIMO.

En las provincias, en las principales librerías.